

SECCIÓN ESPECIAL ANECDOTARIO

Con cariño para don Román Solís Zelaya (Q.E.P.D)

En esta edición homenaje, y como se dijo anteriormente, se ha querido recordar al maestro, magistrado y jurista apasionado, pero también a la persona, amigo, colega, profesor y compañero.

La siguiente sección especial de la Revista, se recogen varios recuerdos de personas que de alguna u otra forma compartieron con don Román Solís Zelaya parte de sus días. Todos esos momentos se guardan en la memoria y cuentan sólo un pedacito de quién era este gran señor.

3



Por: Dr. Fernando Castillo Víquez

A Román lo conocí en la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica. Él iba unos años más avanzado. En esa época, fue poco lo que compartí con él. Román llegó a ser procurador en la Procuraduría General de la República; mientras que yo ingresé a laborar a la Asamblea Legislativa al Departamento de Servicios Técnicos.

En la década de los ochenta teníamos encuentros ocasionales -en la Universidad, en la vía pública, en actividades académicas, etc.- donde intercambiamos opiniones acerca de la situación política y social del país. A ambos nos unía una preocupación constante por los temas nacionales e internacionales, lo que me permitió conocer su pensamiento y forjar una amistad para toda la vida. Lo que más me impresionaba de él, era que poseía una inteligencia muy aguda y una capacidad para expresar su pensamiento de una manera profunda, directa y clara. Siempre fue un gran gusto conversar con él, aunque no siempre coincidíamos.

Una vez nos encontramos en la vía pública, concretamente en el bulevar que está entre los edificios de los Tribunales y el Organismo de Investigaciones Judiciales. Luego de narrarme lo engorroso de un trámite que estaba haciendo para obtener un préstamo en una entidad bancaria, me expresó su preocupación porque el gobierno no había designado al nuevo procurador General de la República. Pasó mucho tiempo después de ese encuentro y, finalmente, el Consejo de Gobierno lo designó como procurador General de la República, nombramiento que fue ratificado por la Asamblea Legislativa, lo que me llenó de una enorme satisfacción, pues se nombraba a una persona honesta, con experiencia, con atestados académicos muy sólido y con visión política.

Cuando quedó vacante el puesto de procurador constitucional, tanto Román como Farid Beirute Brenes -procurador General Adjunto-, me ofrecieron ese puesto, a lo que accedí con gran entusiasmo y entrega. A partir de ese momento, la relación con Román se volvió más cercana, prácticamente todos los días laborables nos reuníamos para discutir temas propios del trabajo y, de paso, intercambiar opiniones sobre temas nacionales e internacionales.

En el año 2001 la Asamblea Legislativa designa a Román como magistrado de la Sala Primera de la Corte Suprema de Justicia, por lo que la relación permanente que teníamos se hizo menos constante. Era precisamente en los pasillos de la Universidad Escuela Libre de Derecho, pues coincidían nuestros horarios, donde aprovechamos para intercambiar opiniones sobre los más diversos temas.

Finalmente, en el año 2009, cuando la Asamblea Legislativa me designa como magistrado de la Sala Constitucional, los contactos con Román se hacen más constantes, pues ya no solo nos encontramos en la Universidad, sino también todos los lunes en las sesiones de la Corte Plena.

Con Román Solís Zelaya me unió una amistad franca, la que la disfrute, pues a pesar de que no siempre estábamos de acuerdo, encontraba en él posturas sólidas, fruto de una reflexión bien sopesada. Román, además de ser un intelectual en toda la extensión de la palabra, era

un demócrata convencido, una persona preocupada por la cuestión social, pues soñaba con una sociedad más justa y próspera. Al escribir estas líneas, doy gracias a Dios por haberme permitido gozar de la amistad de Román.

Por: Dr. Sergio Donato Calderón

Conocí a don Román a finales de la década de los ochenta, cuando ingresó a la Procuraduría General de la República como Procurador Adjunto. Sólido en sus conocimientos, coherente en sus argumentaciones y de trato siempre amable.

Una de las facetas que más disfruté de la relación con él, y que probablemente muchos desconocen, fue las conversaciones de pasillo en la Feria del Agricultor de Zapote. Puntualmente y durante muchos años, los domingos en la mañana nos encontrábamos en ese lugar tan pintoresco. Lo normal era que nos topáramos de salida porque él llegaba normalmente antes de las seis de la mañana, cual insigne madrugador, y yo apenas iba llegando a eso de las seis y treinta de la mañana. Él ya llevaba el carro lleno con la compra de frutas y verduras, teniendo siempre la oportunidad de saludarnos y de conversar sobre algún tema de interés común, ya fuera en lo judicial o en lo académico.

El país perdió a un jurista y la Feria perdió a un asiduo y especial cliente.

Que el Cielo le guarde.

Por: Dra. Aida Meléndez Araya

Buenos días, qué buena idea el homenaje a don Román Solís, gran jurista, me encantaba hacer tribunales con él, aprendía mucho del Derecho Administrativo, sabía de muchas jurisprudencias y entonces no era el examen solo preguntitas como qué es el acto administrativo o enumerar sus elementos, sino poner casos pequeños para resolver. Además, cómo persona muy respetuosa, siempre lo admiré.

Por: Lic. Ronald Ruiz Hidalgo

Allá por el año 1991, siendo don Román mi profesor de Derecho Administrativo, irreverentemente me reí de algo en su clase y don Román, suspendió la misma y me dijo en tono amable “ Disculpe joven, está muy divertida mi clase”, me asusté, me disculpé y no pasó a más.

Hará 20 años, siendo profesor de la universidad, igualmente un estudiante irreverentemente se puso a reír en mí clase, la cual suspendí, pero yo no con la buena cara de don Román le dije disculpe “Como me dijo el maestro don Román Solís unos años atrás, está muy divertida mi clase.”. La frase me quedó para siempre para utilizarla con otros estudiantes.

Por: Sra. Lucía Durán Fernández

Recuerdo que en mis primeros años trabajando en la universidad, por ahí del 2006, cuando aplicaba las evaluaciones de los cursos, estaba Don Román en el aula 119-A, en el curso de Derecho Administrativo I. Les estaba hablando claro a los estudiantes sobre los resultados de los exámenes y en eso ingresa “Durán”, le solicita permiso para evaluar y me dice: ¡usted llega tarde, tome asiento!; automáticamente corrí y les dije a los estudiantes de la primera fila que se corrieran. Al final todos terminamos en silencio ¿y adivinen qué? la evaluación quedó para la siguiente semana. Esto es lo que significaba esta persona para mí, sencilla presencia.

Por: Lic. José Alberto Rosales Obando

Siempre con nosotros... Aún recuerdo aquel día por ahí del año 2013, cuando luego de dos años de trabajar en la Sala Primera me dijeron: ¡José te vamos a ubicar en la Oficina de don Román!!! Lo primero que pasó por mi mente fue temor, mucha ansiedad y emoción. El temor porque aún recordaba sus clases de "Derecho Administrativo" en la Universidad Escuela Libre de Derecho, donde imperaba su gran tenacidad y conocimientos. Ni qué decir y lo confieso sin reparo alguno, me intimidaba su gran voz.

No obstante, en el camino (durante esos nueve años siguientes), de primera mano les puedo decir, don Román no era solo ese profesor y jefe magistrado, él fue un extraordinario ser humano: empático, amigo, maestro, un caballero en todo sentido.

De hecho, la vida me ha puesto varias pruebas complejas y siempre conté con el apoyo de mi Jefe, ese ser humano quien más que cuestionar o debatir, entendía y apoyaba a su personal. Mi familia y yo estamos muy agradecidos.

En suma, don Román o el jefe, no solo fue ese líder de la oficina 508 a quien se le entregaba trabajo cada día, sino que era esa persona que también supo escucharnos, aconsejarnos, orientarnos, pero sobre todo entendernos. Algún día podré contarle a mi hijo la historia de mi Jefe don Román y como indirectamente él también recibió su ayuda.

Por: Lic. Diego Rudín Arguedas

Don Román, el gran profesor - no solo mío, sino también de muchos -, líder y amigo; de gran tamaño y corazón, sabía ser también humilde. Me cuenta mi compañero Gerald Daley Cruickshank, secretario de la Oficina 805 de la Sala Primera de la Corte – otrora 605 -, la que dirigió por tanto tiempo Don Román, con carisma y ánimo paternal para con sus allegados colaboradores, que al fallecer su madre, Doña Irma, en su vena, su querido amigo y jefe, Don Román, contó a sus tíos – los de Gerald -, que ésta lo llamaba por teléfono para decirle que, si Gerald se portaba mal, le avisara para ponerlo a raya. ¡Qué tacto Don Román! No permitir que una historia tan amena, tan llena de humildad y empatía quedara sin contar. Honrando la memoria de la madre, recordó, cuando Gerald más lo necesitó, que ella estuvo pendiente de él, y encontró confianza en un gran y accesible hombre, para que le hiciera saber si debía jalar las orejas a su hijo. Ahora, honremos también a Don Román, cuyo liderazgo iba más allá del mando; en cambio, ofrecía una amistad, una relación verdadera, sin que esto obstara, en modo alguno, su excelencia. En definitiva, esta agradable historia nos hace ver la dulzura de carácter que, cual gigante de un cuento de hadas, encontró todo aquel que tuvo la suerte de conocerlo e ir más allá de su imponente presencia.

Por: Licda. Priscilla Sánchez Conejo

En mis años como estudiante, siempre admiré del Dr. Román Solís Zelaya (Q.E.P.D) su capacidad técnica y amplio conocimiento del Derecho Administrativo. En virtud de esto, sus clases sembraron una semilla en mí, de donde nació mi pasión por los procesos contenciosos administrativos, pasión que me hace siempre recordarlo con alegría, orgullo y nostalgia. En mis años como profesional, aprendí a admirarlo como un magistrado indispensable e irremplazable, garante de la legalidad en la Sala Primera de la Corte Suprema de Justicia, cuando se refería a su trabajo, en particular cuando resolvía sobre la materia tributaria. En mis clases, siempre hay un momento en que le comento a los estudiantes sobre él, para mantener así su legado y su memoria viva. Asimismo, he adoptado muchas de sus formas como profesora, entre las que destaco, apreciar el esfuerzo y dedicación de un estudiante, más allá de una nota reflejada en un examen. Así era él, era como un estandarte de la justicia. Me hubiera gustado agradecerle en persona, por todo lo que me enseñó, lamento no haber podido encontrar el tiempo para ello y es por eso que hoy quiero, al menos, dejarlo plasmado en este anecdotario. Magistrado, amante del Derecho, profesor, amigo, consejero, ejemplo, eso fue y seguirá siendo él para mí.

Por: M.Sc. Cristina Gómez Fonseca

Recuerdo a don Román como el gran profesor, respetable maestro, excelentísimo profesional y colega roquero con el que coincidí en varios conciertos. Pero en especial quiero recordar a don Tito, el entrañable y leal amigo de mi papá. Años atrás, mi papá, le pidió a su amigo que por favor fuera a votar por su hija en las elecciones para la Junta Directiva del Colegio de Abogados y Abogadas. Don Tito, que ese día venía de fuera de San José y llegó faltando 5 minutos para que cerraran las urnas, subió la cuesta del Colegio a toda velocidad y diciéndole, a viva voz, a todos los que trataron de interceptarlo para saludarlo e informarle que las elecciones estaban suspendidas, qué él: *“necesitaba votar por la chiquita de su gran amigo y que ya no le iba a dar tiempo”*. ¡Ese también era don Román!

Por: M.Sc. Andrés Bogarín Bustamante

Cuando fui estudiante de licenciatura allá por el año 1999, don Román impartía el curso de Derecho Administrativo los viernes a las siete de la mañana. Cuando no podía dar la clase del viernes, realizaba la reposición de la misma el sábado siguiente. Bueno, resulta que en una ocasión que nos repuso la clase un sábado, nos contó que el día anterior fue a un concierto en el Mélico Salazar del afamado ex tecladista de la banda inglesa de rock progresivo YES, Rick Wakeman. Me sorprendió que don Román asistiera a un evento así, porque nunca me imaginé que mi profesor de Derecho Administrativo era amante de ese género musical, ya que ese tipo de música es de mi completo agrado y en mi mente no era usual que un Procurador General de la República tuviera dichos gustos musicales.

Don Román nos contó qué para dicha presentación, la organización del evento no le fue posible traer desde Japón los teclados del artista y como Wakeman no deseaba cancelar su primera presentación en el país, le brindaron el piano de cola del Mélico para que diera un concierto “acústico” y único en su gira promocional. Luego de contarnos los pormenores del evento nos dijo con mucha firmeza: “Estimados, hay algo que es cierto.... Los estadounidenses inventaron el Rock, pero los ingleses lo hicieron mejor. ¡Ahora sí, comencemos la clase!”. Esas palabras siguen retumbando en mi oído musical y les doy plena validez cada vez que hablo sobre música con mis allegados. Gracias don Román por sus intensas clases de derecho administrativo y por ese atinado comentario que mostraba su exquisito gusto musical.

TRIBUNA LIBRE

EDICIÓN
DIGITAL

Edición 12 / 1, Agosto 2023

Costa Rica